

El Holocausto judío y el Tercer Reich: Notas sobre el perfil y significado de un fenómeno histórico transcendental

ENRIQUE MORADIELLOS
Universidad de Extremadura
negrin@unex.es

RESUMEN

Durante los años de la Segunda Guerra Mundial, la dictadura nacional-socialista alemana planificó y ejecutó el genocidio de la población judía en la Europa ocupada por sus tropas. Ese proceso era la culminación de una política racista antisemita que había recorrido las fases previas del mero prejuicio informal, la discriminación oficial y la segregación física institucional antes de desembocar en el exterminio biológico de intención totalizadora. El artículo repasa el perfil de ese proceso de radicalización acumulativa y aborda su significado histórico transcendental sobre la base de la literatura más solvente y actualizada. De este modo, trata de subrayar la singularidad del fenómeno y los motivos de su conversión en prototípico parámetro máximo de la violencia genocida, a pesar de los casos anteriores o posteriores registrados en la historia.

PALABRAS CLAVE: Holocausto, Tercer Reich, Genocidio, Racismo, Segunda Guerra Mundial.

ABSTRACT

In the context of the Second World War, the German nazi dictatorship planned and implemented the genocide of the Jewish population in occupied Europe. That process was the final climax of a racial antisemitic policy which had passed through the previous phases of informal prejudice, official discrimination and physical segregation prior to become a total design of biological extermination. The article reviews the profile of such a process of radicalization of policies and measures and its transcendent historical significance on the basis of the most accredited and recent literature. The final aim is to remark the singularity of the event and the reasons for its conversion into a supreme parameter of genocidal violence, in spite of the previous or posterior cases registered in history.

KEYWORDS: Holocaust, Third Reich, Genocide, Racism, Second World War.

INTRODUCCIÓN

El vocablo *Holocausto*, originalmente un término griego para designar un sacrificio religioso, designa desde la década de 1950 un fenómeno histórico trágico, singular y decisivo para la historia de la humanidad: el programa de exterminio biológico sistemático de la población judía europea planificado y ejecutado por las autoridades alemanas del Tercer Reich durante la Segunda Guerra Mundial (1939-1945). Su horrendo resultado final, conocido tras el triunfo aliado de 1945 y el paralelo descubrimiento de los campos de exterminio (el más grande, Auschwitz, situado al oeste de la ciudad polaca de Cracovia), fue verdaderamente atroz: una cosecha de sangre de casi seis millones de judíos muertos y asesinados en la Europa dominada por el régimen nacional-socialista dirigido por Adolf Hitler.

1. La singularidad del Holocausto en la historia humana

Ante todo, es imprescindible empezar por sentar una premisa crucial: esa enorme cifra de seres humanos asesinados no fue resultado de un arrebatado pasional colectivo, esporádico e incontrolado, fruto de la brutalidad y desorganización inherentes a toda guerra, que excita los peores instintos humanos y anula todos los escrúpulos morales. Es decir: no fue un caso más de mera matanza masiva de enemigos vencidos tras el combate ni una simple pero atroz masacre de represalia contra civiles inocentes, como las que suelen generar los conflictos bélicos, previos o posteriores y están registradas en el triste catálogo de abyecciones de la historia humana. Todo lo contrario.

El fenómeno que llamamos *Holocausto* (la *Shoah*: “Devastación” en hebreo) fue un verdadero “Programa de Genocidio”, de exterminio biológico de intención totalizadora, ideológicamente motivado, deliberadamente planificado, y muy eficazmente ejecutado con todos los recursos y maquinaria de un Estado moderno y una sociedad industrial avanzada y civilizada¹. Esa voluntad

¹ Tres estudios canónicos servirán de referencia básica para contextualizar el Holocausto en los procesos genocidas del siglo XX: T. KATZ, Steven: *The Holocaust in Historical Context. I. The Holocaust and Mass Death before the Modern Age*, Oxford, Oxford University Press, 1994. TERNON, Yves: *El Estado criminal. Los genocidios en el siglo XX*, Barcelona, Península, 1995. BRUNETEAU, Bernard: *El siglo de los genocidios. Violencias, masacres y procesos genocidas desde Armenia a Ruanda*, Madrid, Alianza, 2006. Sobre la naturaleza genocida del fenómeno véase la síntesis de DIRK MOSES, A.: “The Holocaust and Genocide”, en Dan Stone (ed.), *The Historiography of Holocaust*, Nueva York, Palgrave Macmillan, 2005, cap. 24.

aniquiladora fría y calculada diferencia el genocidio de otras mega-masacres similares porque aquél está desprovisto del característico clima de histeria colectiva que lleva a matar a todos los que son percibidos en una sociedad como enemigos reales o imaginarios en circunstancias extremas de crisis, emergencia o guerra. El genocidio, así pues, no es el simple fruto mortal de una reacción súbita individual o colectiva de asalto y eliminación de un enemigo fehaciente o potencial por un brote pasional de temor u odio contra el mismo.

Desde luego, al margen de las lógicas bajas militares en operaciones bélicas, el Tercer Reich fue responsable durante la Segunda Guerra Mundial de la muerte por explotación, maltrato, inanición o simple eliminación en campos de concentración y campos de exterminio de millones de otros seres humanos (entre seis y ocho) que cayeron bajo su poder: prisioneros de guerra soviéticos (algo más de tres millones), testigos de Jehová (unos 5.000 de los más de 10.000 en cautividad), homosexuales (entre 5.000 y 15.000), minusválidos y enfermos mentales considerados “vidas indignas” (entre 80.000 y 100.000), poblaciones civiles de países ocupados (particularmente polacos, griegos y yugoeslavos), etc. Y esa impresionante cosecha letal masiva tuvo lugar en el contexto sin par de un sexenio de “Guerra Total” que afectó a prácticamente todo el globo terráqueo, que implicó como nunca a todos los órdenes de la vida social de los países afectados, que movilizó de manera insólita a masas de combatientes (85 millones sirvieron en todas las fuerzas armadas participantes) y que generó un legado de víctimas mortales de más de 55 millones de personas (el 66 por ciento civiles no beligerantes; un total de 20.000 personas muertas por cada día de guerra)².

Pero a pesar de ese contexto brutal y de la orgía de sangre implícita en la guerra mundial, el Holocausto sigue descollando como la cumbre singular de aquella devastación humana. Porque sólo los identificados como judíos por las autoridades nacional-socialistas alemanas fueron escogidos como objetivos de destrucción total, completa y sin paliativos; un suerte compartida parcialmente también por los gitanos, que soportaron casi medio millón de víctimas

² El cómputo numérico, con ligeras variantes, se registra en MARRUS, Michael: *The Holocaust in History*, Harmondsworth, Penguin Books, 1993, pp. 24 y 52; LANDAU, Ronnie S.: *The Nazi Holocaust*, Chicago, Ivan R. Dee, 1994, p. 243; BOURKE, Joanna: *La Segunda Guerra Mundial. Una historia de las víctimas*. Barcelona, Paidós, 2002, pp. 10, 33, 110-111 y 167; WEBER, Louis (ed.): *Crónica del Holocausto*, Madrid, LIBSA, 2002, pp. 108 y 171; GERLACH, Christian: *The Extermination of the European Jews*, Cambridge, Cambridge University Press, 2016, p. 3.

mortales en campos nazis³. Los otros grupos sometidos por el régimen nazi podrían morir o vivir en la esclavitud y la servidumbre; para los judíos sólo cabía la muerte sin remisión. Este inmenso genocidio de judíos europeos fue, así pues, excepcional, singular y sin precedentes al menos por tres razones básicas y concurrentes.

En primer lugar, por la definición de “judío” como miembro de una raza inferior degenerada, infecciosa e “infra humana” (*Untermenschen*)⁴. Una raza que debía ser exterminada rápida y totalmente para evitar la contaminación racial y el envilecimiento del resto de la humanidad y, sobre todo, de la raza superior: los arios germánicos. Esta concepción y definición del “judío” como un verdadero “parásito” peligroso, como “virus” mortal y letal, sin ánimo metafórico alguno, fue predicada por Adolf Hitler desde sus primeros escritos políticos (“Judá es la plaga del mundo”, afirmó ya en 1924) y se convirtió en doctrina oficial del régimen nacional-socialista desde su llegada al poder en 1933⁵. Y hubo en ese aspecto una notable continuidad y coherencia propagandística. Así, en 1920, uno de los primeros carteles nacional-socialistas advertía: “Combatimos sus actividades (de los judíos) porque son origen de la TUBERCULOSIS DE LAS NACIONES, y estamos convencidos de que la convalecencia sólo podrá empezar cuando se elimine esta bacteria”⁶.

La segunda razón que fundamenta la excepcional singularidad del Holocausto reside en el simple pero revelador hecho de que su planificación y ejecución tuviera lugar en el seno de Alemania. Porque tal fenómeno no surgió en una sociedad bárbara, inculta, primitiva y atrasada, todavía rehén de sus

³ TYRNAUER, Gabrielle: “Mastering the Past: Germans and Gypsies”, en Frank Chalk y Kurt Jonassohn (eds.), *The History and Sociology of Genocide. Analysis and Case Studies*, New Haven, Yale University Press, 1990, pp. 366-377. HANCOCK, Ian: “Romanies and the Holocaust: A Re-evaluation and overview”, en STONE, D. (ed.): *The Historiography of the Holocaust*, cap. 17. KENRICK, Donald y GRATAN, Puxon: *Gypsies under the Swastika*, Hatfield, University of Hertfordshire, 2009.

⁴ Véase la voz “Judío” en SALA ROSE, Rosa: *Diccionario crítico de mitos y símbolos del nazismo*, Barcelona, Acantilado, 2003.

⁵ La cita de 1924 en la página 57 de la obra clásica de EBERHARD, Jäckel: *Hitler's World View. A Blueprint for Power*, Cambridge (Mass.), Harvard University Press, 1995. Véase KERSHAW, Ian: *Hitler. 1936-1945*, Barcelona, Península, 2004, pp. 462-463.

⁶ Reproducido en REES, Laurence: *Auschwitz. Los nazis y la “Solución Final”*, Barcelona, Crítica, 2005, p. 36. Mayúsculas en el original.

instintos más primarios y donde la civilización no había echado sus raíces ni había humanizado conductas. Todo lo contrario. El Holocausto surgió y se desarrolló en el interior de uno de los países más avanzados en el plano industrial, cultural, científico y tecnológico de la Europa contemporánea. Era la patria de Immanuel Kant, de Ludwig van Beethoven, de Johann Wolfgang von Goethe. No se trataba, en suma, de un país poco desarrollado, en vías de desintegración y desangrado por la guerra y la inminencia de la derrota, como había sido el Imperio Otomano en la Gran Guerra de 1914-1918, donde el régimen de “los Jóvenes Turcos” había alentado la masacre de medio millón de armenios cristianos que vivían dentro de las fronteras del imperio y supuestamente eran simpatizantes del enemigo aliado⁷. Y esas mismas características hacían impensable e incomprensible la misma existencia de un genocidio contra la población judía alemana y europea porque, sencillamente, no era fácil admitir que, en pleno corazón de la Europa civilizada, hubiera surgido un Estado y una sociedad en los que ya no residía ni huella de lo que tradicionalmente se conocía como conciencia moral, humanidad, sentimiento de piedad y compasión ante el sufrimiento de los semejantes. Esa excepcionalidad del programa exterminador nazi contribuye a explicar la notoria pasividad que las poblaciones judías, en Alemania y fuera de Alemania, ofrecieron a sus verdugos en su proceso de destrucción. No en vano, era algo tan insólito que parecía imposible de creer.

El tercer y último motivo de la singularidad del Holocausto radica en su organización burocrática moderna, racional, metódica y eficaz. Todo el poder del Estado alemán fue puesto al servicio de un programa de exterminio de extraordinaria complejidad logística: crear un censo especial de judíos en Alemania y en toda la Europa ocupada; arbitrar un lenguaje camuflado para ocultar la operación a las desconcertadas víctimas y al público exterior incrédulo; organizar brigadas de ejecutores especializadas, motorizadas y dirigidas desde un centro operativo; establecer numerosos guetos y campos de concentración a los que fueron deportados en masa judíos de todo el continente; y, por último, planificar, construir y poner en funcionamiento seis campos de exterminio con sus correspondientes cámaras de gas y hornos crematorios. También exigió

⁷ Véanse las colaboraciones de HOVANNISIAN, Richard G. y MELSON, Robert en CHALK, F. y JONASSOHN, K. (eds.): *The History and Sociology of Genocide*, pp. 249-289. Cfr. Ternon, Y.: *El Estado criminal*, pp. 181-205; GURRIARÁN, José Antonio: *Armenios. El genocidio olvidado*, Barcelona, Ariel, 2008; y GERLACH, Christian : *Sociedades extremadamente violentas. La violencia en masa en el mundo del siglo XX*, México, FCE, 2015, cap. 2.

formar y dirigir una burocracia enorme encargada de toda la operación: diplomáticos y administrativos para confeccionar el censo; ingenieros y químicos para diseñar y operar las cámaras de gas y los hornos crematorios; antropólogos y médicos para llevar a cabo los experimentos humanos proyectados; militares y policías para velar por la seguridad de los campos; economistas para gestionar la buena marcha del sistema productivo y destructivo; técnicos y operarios de ferrocarril para ocuparse de la red especial ferroviaria que ligaba a unos centros con otros; y un amplio número de personal subalterno y sin cualificación para completar todo el cuadro humano del sistema genocida⁸.

En particular, los citados campos de exterminio simbolizan la cumbre de esa deriva tecnológica y burocrática porque revelan que para los nazis el asesinato masivo de judíos era un fin en sí mismo, no el subproducto derivado de una situación bélica y anormal. Los campos como Auschwitz fueron una verdadera factoría de la muerte, una institución inédita hasta entonces y aún no repetida en la historia, planificada, construida y constantemente modernizada con el objetivo exclusivo de consumir vidas humanas según arribaban a sus puertas. En palabras de Michael Marrus:

*La referencia a los campos es significativa porque evoca lo que probablemente es el aspecto más horrible de la destrucción de los judíos europeos: la deshumanización sistemática de las víctimas, el asesinato en masa según un proceso de línea de fábrica y la organización burocrática a escala continental que condujo a la muerte a gentes recogidas por todas las esquinas de Europa*⁹.

En definitiva, en esa combinación de características reside la singularidad y excepcionalidad del Holocausto, porque es el resultado de una gigantesca y consciente industria de la muerte humana. Por eso sobresale todavía hoy como la cumbre máxima del racismo y el genocidio y por eso sigue sorprendiendo su combinación de fanatismo mesiánico letal y estructuras burocráticas

⁸ HILBERG, Raul: *La destrucción de los judíos europeos*, Madrid, Akal, 2005, pp. 69-71.

⁹ MARRUS, M.: *The Holocaust in History*, p. 23. Dos recientes estudios sobre los campos nazis subrayan esta dimensión: WACHSMANN, Nikolaus: *KL. Historia de los campos de concentración nazis*, Barcelona, Crítica, 2015; y SOFSKY, Wolfgang: *La organización del terror. Los campos de concentración*, Buenos Aires, Prometeo, 2016.

racionales. Por eso cabe seguir considerándolo, a pesar de los genocidios posteriores registrados, como “el parámetro último del mal”¹⁰.

2. El Tercer Reich y los judíos: una escalada programada de asaltos

El racismo antisemita, convertido en doctrina y política oficial del Tercer Reich desde enero de 1933, sólo devino una práctica abiertamente genocida una vez desencadenada la Segunda Guerra Mundial en septiembre de 1939 y, particularmente, tras la extensión del conflicto al este europeo con la invasión nazi de la Unión Soviética en junio de 1941. Antes de ese momento, la política antisemita del régimen nacional socialista había transitado las tres etapas previas características de un proceso xenófobo racista progresivamente radicalizado: primero, la expansión oficialmente alentada y propiciada del latente o patente *prejuicio* contra la raza designada como inferior y peligrosa; segundo, su *discriminación* en el seno de la sociedad mediante medidas legales e institucionales muy diversas; y, tercero, su *exclusión* radical de la misma con una batería de acciones segregantes y confinatorias.

La historia de ese proceso de radicalización acumulativa empezó en enero de 1933, en la última crisis de la República de Weimar, cuando Adolf Hitler se convirtió en canciller de Alemania.¹¹ En gran medida, la explotación del intenso prejuicio popular contra los judíos fue uno de los factores decisivos en el ascenso de los nazis al poder. De inmediato, Hitler dejó claro que su antisemitismo no iba a quedar reducido a un mero *prejuicio* informal e inocuo, como el existente con anterioridad a su toma del poder. Entre 1933 y 1938, múltiples leyes dispusieron la radical *discriminación* de los judíos en la sociedad alemana: se promovió el boicot oficial a sus negocios; se les expulsó de la administración pública, la enseñanza, la judicatura y las fuerzas armadas y policiales; se

¹⁰ Palabras de Saul Friedländer recogidas en MORO, Renato: *La Iglesia y el exterminio de los judíos. Catolicismo, antisemitismo, nazismo*, Bilbao, Desclée de Brouwer, 2004, p. 12.

¹¹ El proceso histórico de la toma del poder nazi puede verse en trabajos canónicos más o menos recientes: BRACHER, Karl D.: *La dictadura alemana. Génesis, estructura y consecuencias del nacionalsocialismo*, Madrid, Alianza, 1973, 2 vols. FERRÁN GALLEGU: *De Múnich a Auschwitz. Una historia del nazismo*, Barcelona, Plaza y Janés, 2001. Díez Espinosa, José Ramón: *El laberinto alemán. Democracia y dictaduras (1918-2000)*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 2002. EVANS, Richard J.: *El Tercer Reich en el poder*, Barcelona, Península, 2012.

les retiró la nacionalidad alemana (Leyes de Nuremberg de 1935); se proscribió su libre circulación por calles y ciudades; y se anuló todo matrimonio mixto entre judíos y alemanes. Como resultado de esa sistemática presión y coacción el Tercer Reich lograría expulsar del país antes de la guerra mundial a casi 250.000 de los 525.000 judíos residentes en Alemania en enero de 1933¹².

Con esas medidas iniciales, Hitler había puesto en práctica una medida ampliamente demandada por el movimiento antisemita alemán desde hacía muchos años: la rescisión de las leyes de emancipación civil y política de los judíos decretadas por el liberalismo durante el siglo XIX. Pero no se quedaría ahí. Su objetivo no era restituir a los judíos a la mera condición de *parias* (personas de casta inferior, nociva y vil) como los habitantes de los guetos medievales, sino eliminar su presencia de la vida económica, social y cultural de Alemania por todos los medios posibles y disponibles.

Por eso mismo, desde la fatídica “Noche de los cristales rotos” entre el 9 y el 10 de noviembre de 1938, comenzó la etapa de *exclusión*, con la progresiva deportación de la población judía a guetos urbanos y campos de concentración emplazados en áreas rurales alejadas. La *Kristallnacht* fue un verdadero *pogromo* (vocablo ruso que significa “devastación”, acuñado previamente para describir los asaltos a los barrios judíos por parte de nativos de otra religión). De hecho, fue un asalto planificado por las autoridades y ejecutado por militantes nazis y antisemitas contra todas las juderías existentes en las ciudades y pueblos de Alemania y Austria, ante la pasividad de la policía y la complacencia o indiferencia de una gran parte de la población civil.

El resultado de ese pogromo (“el más brutal conocido en Europa occidental desde hacía siglos”, según Philippe Burrin) fue sencillamente aterrador¹³. En Alemania, un centenar de judíos fueron brutalmente asesinados, miles apaleados y maltratados, decenas de sinagogas fueron incendiadas y demoli-

¹² El estudio de HILBERG sobre ese proceso sigue siendo canónico por su minuciosidad: *La destrucción de los judíos europeos*, pp. 93-168. Véase igualmente el análisis de GOLDHAGEN, Daniel J.: *Los verdugos voluntarios de Hitler. Los alemanes corrientes y el holocausto*, Madrid, Taurus, 1997; y FRIEDLÄNDER, Saul: *El Tercer Reich y los judíos, 1933-1939*, Madrid, Galaxia Gutenberg, 2016.

¹³ BURRIN, Philippe: *Hitler and the Jews*, Londres, Edward Arnold, 1994, p. 57. Informe de la Policía Secreta del Estado (Gestapo), noviembre de 1938. Reproducido en MENDES-FLOHR, Paul y REINHARZ, Jehuda (eds.): *The Jew in the Modern World. A Documentary History*, Oxford, Oxford University Press, 1995, pp. 651-652.

das, al menos ocho mil tiendas y negocios pertenecientes a judíos fueron destruidos, incontables casas y pisos particulares fueron devastados y unos 30.000 judíos fueron arrestados y enviados a campos de concentración (en Dachau, Buchenwald y Sachsenhausen). En Austria, por su parte, el asalto cobró la vida de 27 judíos, supuso la destrucción de 42 sinagogas y el arresto de 7.800 personas remitidas a los campos de concentración habilitados. Al día siguiente, 11 de noviembre, el órgano oficial del Partido Nazi, *Voelkischer Beobachter*, sentenciaba sombría y cínicamente:

Los judíos deben saber con certeza que la amargura del pueblo alemán contra su conducta de ningún modo queda apaciguada por los cristales rotos de las ventanas o las ruinas humeantes de las sinagogas¹⁴.

No fue ésa la única advertencia siniestra sobre el negro futuro de los judíos sometidos al Tercer Reich. Con ocasión de su discurso conmemorativo del sexto aniversario de la llegada a la cancillería, el 30 de enero de 1939, el propio Hitler dio sanción oficial a esa situación. Dirigiéndose solemnemente a los diputados nazis en el Reichstag, el Führer dejó clara su radical hostilidad hacia los judíos y su consideración de estos como virtuales rehenes (para presionar a las democracias a aceptar sus demandas territoriales contra Polonia) y potenciales víctimas (en caso de oposición a sus demandas y consecuente estallido de la guerra). La declaración oficial, hecha más de ocho meses antes de la invasión de Polonia y del comienzo de la Segunda Guerra Mundial, además de subrayar otra vez el vínculo entre guerra y exterminio que alentaba en la mente del Führer, supuso una de las más abiertas confesiones de propósito genocida hechas en público por Hitler durante todos sus años de gobierno:

Europa no hallará la paz hasta que la cuestión judía haya sido solucionada. (...) He sido profeta muchas veces en mi vida y la mayoría se burló de mí. En la época de mi lucha por el poder fueron los judíos los primeros que recibieron sólo con risas mis profecías de que llegaría algún día a asumir la jefatura del Estado y de todo el pueblo de Alemania y que conseguiría también entonces, entre otras cosas, solucionar el problema judío. Creo que aquella risa hueca de la judería de Alemania ha debido de quedárseles ya atragantada. Hoy quiero ser de nuevo un profeta: ¡si la

¹⁴ Reproducido en GRAML, Hermann: *Antisemitism in the Third Reich*, Oxford, Blackwell, 1992, p. 28.

*judería financiera internacional dentro y fuera de Europa consiguiese precipitar a las naciones una vez más en una guerra mundial, el resultado no será la bolchevización de la tierra y con ello la victoria de la judería, sino la aniquilación de la raza judía en Europa!*¹⁵.

Tras el estallido de la Segunda Guerra Mundial en septiembre de 1939, el régimen nazi tuvo que afrontar el “problema judío” con mayor urgencia que nunca en función de sus propias victorias militares iniciales: un total de 1,9 millones de judíos residentes en Polonia cayeron en poder de los alemanes a finales de septiembre de 1939 (el otro millón de judíos polacos quedaron en manos de la Unión Soviética en aplicación del acuerdo secreto de división del país anexo al pacto de no-agresión germano-soviético). Tras los éxitos militares cosechados en Europa occidental entre mayo y junio de 1940 (ocupación de Noruega, Bélgica, Holanda y Francia), aproximadamente otros 300.000 judíos residentes en los países sometidos pasaron a estar al alcance de las autoridades nazis. Ese fenómeno puso fin necesariamente a la política de presión para emigrar al exterior hasta entonces practicada (ya obstaculizada por la guerra) y obligó a tomar otras medidas más radicales para hacer frente al vasto problema generado.

En ese proceso se abrió paso gradualmente la cuarta y última etapa de la política antisemita nazi: el *exterminio* de una población hasta entonces señalada por el prejuicio, primero, discriminada por las instituciones oficiales, después, y segregada y excluida de todo contacto con el resto de la sociedad, finalmente.

La primera decisión al respecto consistió en promover la concentración de toda esa masa (y de la restante población judía alemana, austríaca, checa, francesa, holandesa...) en una zona determinada de la Polonia oriental ocupada: el territorio virtualmente colonial del llamado “Gobierno General”, un irregular triángulo con vértices en Varsovia, Cracovia y Lublín (la Polonia occidental fue simplemente anexionada al Tercer Reich). Dicha concentración impuso el comienzo de la forzada evacuación y deportación de miles de personas, como si fueran bestias animales y sin ninguna facilidad humanitaria. El carácter interino

¹⁵ Reproducido en KERSHAW, I.: *Hitler*, p. 166. El mismo texto, en inglés, se recoge en Jeremy PRIDHAM, Noakes y PRIDHAM, Geoffrey (eds.): *Nazism, 1919-1945. A Documentary Reader*, vol. 3 (*Foreign Policy, War and Racial Extermination*), Exeter, University of Exeter, 1988, p. 1049.

y provisional de esa deportación y reclusión en macro-guetos y “reservas” fue abiertamente confesado por Hans Frank, nombrado gobernador del “Gobierno General”, en una alocución dirigida a sus colaboradores el 25 de noviembre de 1939. Se trataba, en sus propias palabras, de agrupar a una población infecta y peligrosa para garantizar su control y, mientras tanto, estimular su progresiva eliminación por medio del maltrato, la malnutrición, la falta de higiene, el trabajo forzoso para los capacitados y la ausencia de tratamientos médicos para los enfermos:

No perderemos mucho tiempo con los judíos. Es una fortuna que por fin podamos ajustar cuentas con la raza judía. Cuantos más mueran mejor. Golpearlos representa una victoria para nuestro Reich. Los judíos deben sentir que hemos llegado. Queremos colocar a la mitad o a tres cuartas partes de los judíos al este del río Vístula. Aplastaremos a estos judíos donde quiera que podamos. Todo está en juego. Sacar a los judíos del Reich, de Viena, de todas partes. No hay lugar para los judíos en el Reich¹⁶.

Las SS (*Schutzstaffel*: antiguas Escuadras de Protección del Führer convertidas en Servicio de Seguridad y Policía del Reich) tuvieron un completo control del proceso por la decisión de Hitler (9 de octubre de 1939) de nombrar a su líder, Heinrich Himmler, Comisario para el Fortalecimiento del Pueblo de Sangre Alemana. En conjunto, durante toda la guerra mundial, el Tercer Reich construyó y operó en la Europa ocupada más de 10.000 campos para la población enemiga y cautiva (prisioneros de guerra, detenidos políticos, presos antisociales, homosexuales, gitanos, judíos...). De ellos, un mínimo de 941 fueron campos de trabajo forzado destinados básicamente a judíos capacitados para trabajar como esclavos en tareas de apoyo a la guerra, además de los numerosos guetos urbanos constituidos: 399 en Polonia, 34 en Galitzia oriental y 16 en Lituania¹⁷.

¹⁶ Citado en NOAKES, J. y PRIDAHM, G. (eds.): *Nazism, 1919-1945. A Documentary Reader*, vol. 3, p. 1055. El texto completo y la biografía de Frank, en MENDES-FLOHR, P. y REINHARZ, J. (eds.): *The Jew in the Modern World*, pp. 660-661.

¹⁷ GOLDHAGEN, D.J.: *Los verdugos voluntarios de Hitler*, p. 219. TORÁN, Rosa: *Los campos de concentración nazis. Palabras contra el olvido*, Barcelona, Península, 2005. Además de los trabajos ya citados de Wachsmann y Sofsky, véase KOGON, Eugen: *El Estado de las SS. el sistema de campos de concentración alemanes*, Barcelona, Alba Editorial, 2005.

La triste suerte de los judíos europeos en manos del Tercer Reich quedó sellada definitivamente con la puesta en marcha de la “Operación Barbarroja”: la invasión de la Unión Soviética iniciada por sorpresa el 22 de junio de 1941, punto culminante del programa nazi de búsqueda de *Lebensraum* (espacio vital) para la raza aria purificada y dominadora.

Hitler había planificado la campaña desde meses atrás con minuciosidad, muy consciente de que sólo el rápido aplastamiento del enemigo “judeo-bolchevique” podría darle la victoria completa en la guerra mundial porque garantizaría su retaguardia continental y los suministros agrícolas y petrolíferos exigidos por el esfuerzo bélico. En marzo de 1941 había advertido a sus generales que la guerra en el este sería “una guerra de exterminio” virtualmente santificada como una Cruzada secular y racial (*Glaubenskrieg*: “Guerra doctrinaria”): “La lucha será muy diferente de la entablada en el oeste. En el este la dureza ahora significa dulzura en el futuro. Los mandos deben hacer el sacrificio de superar sus escrúpulos”. Y los generales de la *Wehrmacht* (Ejército alemán) obraron en consecuencia y emitieron unas “directivas para la conducta de las tropas en Rusia” que hacían honor al “deseo del Führer” y demostraban el éxito logrado en la “nazificación” de las fuerzas armadas:

*La lucha requiere una acción enérgica e implacable contra los agitadores bolcheviques, la guerrilla, los sabotadores, los judíos y la eliminación total de toda resistencia activa o pasiva*¹⁸.

3. LA EJECUCIÓN DEL GENOCIDIO EN TIEMPOS DE GUERRA TOTAL

La consecuente “Guerra Total” y de exterminio racial en el frente oriental abriría así las puertas por completo al genocidio de masas contra los judíos y a la matanza generalizada de la población soviética y eslava capturada en los territorios atacados (empezando por los “comisarios” soviéticos y los militantes y líderes comunistas). Y habría de ser un asesinato en gran escala de judíos por

¹⁸ Tanto el discurso de Hitler (30 de marzo) como las directrices militares (19 de mayo) se recogen en NOAKES, J. y PRIDAHM, G. eds.): *Nazism, 1919-1945*, vol. 3, pp. 1086-1090. WETTE, Wolfram: *La Wehrmacht. Los crímenes del ejército alemán*, Barcelona, Crítica, 2007. Una visión actualizada del conflicto en el este en NÚÑEZ SEIXAS, Xosé M.: *Imperios de la muerte. La guerra germano-soviética, 1941-1945*, Madrid, Alianza, 2007.

una razón bien sencilla y ya aprendida en la Polonia ocupada: la Unión Soviética albergaba la mayor comunidad judía del mundo y con ella no sería posible la emigración, la deportación ni el reasentamiento provisional y temporal.

No en vano, aparte de los dos millones de judíos que habitaban en Bielorrusia, Ucrania y Crimea, había otros 250.000 judíos en la costa báltica (tres quintas partes en Lituania; el resto en Letonia y Estonia), un millón y medio en la Polonia oriental recién anexionada y hasta 350.000 refugiados judíos que habían huido del avance nazi en Europa central. Y casi toda esa inmensa población judía residía en los territorios que iban a ser objeto del ataque y conquista por la *Wehrmacht* alemana y que se convertirían en sangriento campo de batalla, con el 90 por ciento de los judíos viviendo en las ciudades diseminadas por todo ese espacio comprendido entre el Báltico y Crimea¹⁹.

Para emprender esa operación exterminadora antijudía, Hitler autorizó la formación de unidades especiales móviles de las SS llamadas *Einsatzgruppen* (Grupos Móviles de Acción Especial) que se incorporarían a la retaguardia de las tropas regulares y tendrían la misión de ejecutar a los resistentes y enemigos capturados. Serían la punta de lanza de una matanza en masa organizada de judíos y se estructurarían en cuatro sectores: *Einsatzgruppen* A para las operaciones en los países bálticos; B para Bielorrusia; C para Ucrania norte y central; y D para Ucrania sur, Besarabia y Crimea. Cada “Grupo de Acción Especial” contaba con unos 3.000 hombres, subdivididos en comandos y provenientes de las *Waffen* SS (sección militar de las SS), la Gestapo y la policía de orden. Su preparación, instrucción, adoctrinamiento y equipamiento quedaron ultimados entre marzo y mayo de 1941, como parte de los dispositivos bélicos generales exigidos por la campaña²⁰.

No consta la existencia de ninguna orden escrita y firmada por Hitler que explícitamente encomendara a esas unidades la tarea que iban a acometer según avanzaran por tierras rusas las tropas regulares alemanas.²¹ Sin embargo, sí constan las órdenes verbales y las directrices de conducta emanadas de Himmler

¹⁹ MAYER, Arno J.: *Why Did the Heavens Not Darken? The Final Solution in History*, Londres, Verso, 1988, p. 255 y SNYDER, Timothy: *Tierras de sangre. Europa entre Hitler y Stalin*, Madrid, Galaxia Gutenberg, 2011, cap. 6 (La Solución Final).

²⁰ NOAKES, J. y PRIDAHM, G. (eds.): *Nazism, 1919-1945*, vol. 3, pp. 1090-1091. GRAML, H.: *Antisemitism in the Third Reich*, pp. 168-169. RHODES, Richard: *Amos de la muerte. Los Einsatz-gruppen y el origen del Holocausto*, Barcelona, Seix Barral, 2005.

y de su lugarteniente, Reinhard Heydrich, para los comandantes de cada Grupo y sus comandos, antes del comienzo de la “Operación Barbarroja” y en las semanas que siguieron a la misma. Y en todas esas órdenes y directrices se alude como fuente de autoridad última y decisiva al “deseo” y las “instrucciones” del propio Führer, lo que impide mantener ninguna duda razonable sobre el hecho de que Hitler fuera “el iniciador y el actor dominante” (palabras de Hermann Graml) en el proceso genocida de exterminio abierto contra los judíos.

Por ejemplo, Otto Ohlendorf, jefe del Einsatzgruppe D, declararía a los oficiales aliados que le interrogaron tras su captura al final de la guerra que había recibido la orden de “ejecución de los judíos” en dos ocasiones y en sendas reuniones donde estaban los otros tres comandantes de Einsatzgruppe: antes del inicio de la invasión de Rusia, en mayo de 1941 y por “los conductos reglamentarios” (Heydrich); y después de su inicio, en septiembre de 1941 y por medio de Himmler en persona que declaró “a los reunidos que él solo, junto con Hitler, era responsable”. Otro alto mando de las SS, Walter Blume, que dirigía uno de los comandos del grupo A, reiteró en su interrogatorio independiente a los oficiales aliados a finales de 1945 la misma información:

Heydrich en persona nos explicó (en mayo de 1941) que la campaña rusa era inminente, que era de esperar la guerra de guerrillas y que en aquella región vivían muchos judíos a los que era preciso liquidar hasta exterminarlos a todos. Cuando uno de los reunidos preguntó: “¿Cómo vamos a hacerlo?”, Heydrich respondió: “Ya lo descubriréis”. Explicó además que los judíos del Este, como criadero del mundo judío internacional, debían ser aniquilados. Debíamos entender sin ningún error que todos los judíos tenían que ser exterminados, al margen de su edad o sexo²².

Como se había previsto, el éxito que acompañó durante los primeros tres meses a la ejecución de la “Operación Barbarroja” permitió poner en práctica el exterminio de la población judía capturada a una escala sin precedentes y

²¹ BROWNING, Christopher R.: “The Decision-Making Process”, en STONE, D. (ed.): *The Historiography of the Holocaust*, cap. 8. Véase una recapitulación reciente en KERSHAW, Ian: “Berlín/Prusia Oriental, verano-otoño de 1941. Hitler decide matar a los judíos”, en su obra *Decisiones trascendentales. De Dunquerque a Pearl Harbour*, Barcelona, Península, 2008, cap. 10.

²² El testimonio de Blume en GOLDHAGEN, D.J.: *Los verdugos voluntarios de Hitler*, p. 199. El testimonio de Ohlendorf en OVERY, Richard: *Interrogatorios. El Tercer Reich en el banquillo*, Barcelona, Tusquets, 2003, p. 212.

mediante fusilamientos en masa a cargo de los Grupos Móviles de Acción Especial. En su canónico estudio de la relación entre el Holocausto y el ataque a la URSS, Arno J. Mayer ha subrayado con acierto: “durante las primeras cinco semanas de la campaña oriental fueron asesinados o perdieron la vida más judíos que durante los veintidós meses transcurridos hasta entonces desde el inicio de la guerra”²³. Y esa labor genocida ejecutada a cielo abierto contó con la cooperación espontánea y entusiasta de amplios sectores de la población local de las zonas ocupadas, como demostró el estudio crucial de Jan T. Gross sobre lo sucedido en la pequeña villa polaca de Jedwabne, en la Polonia exsoviética:

Un día de julio de 1941 (el 10), la mitad de una pequeña población del este de Europa asesinó a la otra mitad, unas 1.600 personas entre hombres, mujeres y niños. (...) Aquel día se desató en el pueblo un delirio de violencia. Se manifestó en forma de múltiples iniciativas simultáneas y sin coordinación, sobre las cuales sólo ejercieron un control el general Karolak (alcalde de Jedwabne) y los demás miembros del consistorio (...). Controlaron el desarrollo del pogromo y en los momentos críticos se aseguraron de que sus objetivos se cumplieran. Pero, por lo demás, dejaron a la gente del pueblo actuar de manera improvisada, cada uno como mejor supiera. (...) los 1.600 judíos de Jedwabne no fueron asesinados por el NKVD (servicio secreto soviético), ni por los nazis, ni por la policía secreta estalinista. Por el contrario, como sabemos más allá de cualquier duda razonable, y como siempre supieron los habitantes de Jedwabne, fueron sus vecinos quienes los mataron²⁴.

Existen innumerables pruebas documentales de las operaciones genocidas de esas unidades móviles especiales, diligentemente transmitidas por sus comandantes a las autoridades centrales en Alemania y capturadas por los aliados vencedores después de mayo de 1945: informes oficiales de operaciones, solicitudes de órdenes y respuestas del alto mando, cartas de miembros particulares remitidas a familiares, fotos oficiales o privadas tomadas durante las operaciones... En particular, sobre esta última y novedosa fuente informativa merece recordarse lo siguiente:

Ningún acontecimiento histórico previo fue documentado fotográficamente de forma tan exhaustiva como el Holocausto. Según una estima-

²³ MAYER, A. J.: *Why Did the Heavens Not Darken? The Final Solution in History*, p. 263.

²⁴ GROSS, Jan T.: *Vecinos. El exterminio de la comunidad judía de Jedwabne*, Barcelona, Crítica, 2002, pp. 24, 96 y 156.

ción, existen en la actualidad un millón y medio de fotografías que documentan este período, localizadas en más de treinta archivos en una docena de países²⁵.

También existen las declaraciones testificales de esos mandos detenidos e interrogados a partir de esa fecha y antes del inicio de actividades en Nuremberg del Tribunal Militar Interaliado encargado de perseguir los “crímenes de guerra” y “crímenes contra la Humanidad” cometidos (noviembre de 1945-octubre de 1946). Uno de esos testimonios procede de un policía integrante del Batallón 101, que operó en la Polonia oriental y fue responsable del destino letal de más de ochenta mil judíos de la zona. Su declaración, corroborada por otros integrantes de los restantes batallones de fusilamiento, no deja lugar a dudas sobre el atroz carácter genocida de sus operaciones:

Nuestra tarea principal consistía en la aniquilación de los judíos. En estas “acciones” se liquidaba a los judíos que vivían en pequeñas localidades, pueblos y fincas. De vez en cuando, bajo la dirección del sargento Steinmetz, la sección partía en camiones... Se registraban las casas de los pueblos en busca de judíos. Una vez más, los inválidos y enfermos eran liquidados en las casas y los restantes judíos en las afueras de la población. En cada una de esas operaciones se liquidaban entre diez y cuarenta personas, número que variaba según el tamaño de la localidad. Los judíos tenían que tenderse y se les mataba de un tiro en la nuca. En ningún caso se cavaban fosas. El comando no se ocupaba del entierro. En total debieron de hacerse unas diez operaciones de esta clase, dedicadas exclusivamente a la aniquilación de los judíos²⁶.

El método operativo de los fusilamientos de masas pronto se reveló excesivamente lento y costoso para acometer la “Solución Final del Problema Judío”. Y no porque encontrara fuerte resistencia de las víctimas: “Se hallaban anonadados a más no poder, asustadísimos, petrificados, de modo que uno podía hacer con ellos lo que le viniera en gana” (recordaría uno de los ejecutores encargados de la tarea entrevistado en 1990 por Laurence Rees). Tampoco porque faltaran muestras de entusiasmo y disposición por parte de esos mis-

²⁵ BAER, Alejandro: *Holocausto. Recuerdo y representación*, Madrid, Losada, 2006, p. 168.

²⁶ GOLDHAGEN, D.J.: *Los verdugos voluntarios de Hitler*, pp. 299-300. Un estudio canónico de esta unidad genocida en BROWNING, Christopher R: *Aquellos hombres grises. El Batallón 101 y la Solución Final en Polonia*, Barcelona, Edhasa, 2002.

mos ejecutores. Como anotarían varios miembros de los Einsatzgruppen en los interrogatorios ante los oficiales aliados: “Que yo sepa, los fusilamientos eran siempre voluntarios” y “Debo admitir que sentíamos cierta alegría cuando cogíamos a un judío al que uno podía matar”.

La razón era simple y sería recurrentemente utilizada en los testimonios de todos los encausados por su participación en esas operaciones: “No reconocíamos que el judío fuese un ser humano”; “estaba convencido de los judíos no eran inocentes sino culpables”; “eran criminales e infrahumanos y habían causado la decadencia de Alemania”. Y ello incluía al judío de cualquier edad: “Los niños no son, por el momento, enemigos: el enemigo es la sangre que corre por sus venas; el enemigo es el hecho de que crezcan para convertirse en judíos peligrosos. Por eso también ellos recibían el mismo trato”. Ante el tribunal de Nuremberg, el general de las SS Erich von dem Bach-Zelewski disculparía su responsabilidad y la de sus hombres con ese mismo razonamiento:

Si durante años, durante décadas, uno predica que la raza eslava es inferior, que los judíos no son en absoluto seres humanos, entonces el inevitable resultado final tiene que ser una explosión semejante²⁷.

En todo caso, muy pronto quedó claro que la fórmula de los fusilamientos a cargo de batallones especiales de ejecutores no resultaba tan eficaz y rápida como exigía la situación, sobre todo una vez que la campaña militar, a finales de septiembre de 1941, empezó a perder vigor y a demostrar que la resistencia de la Unión Soviética era mucho mayor de la prevista y calculada. En esas condiciones, la búsqueda de otras fórmulas más rápidas, eficaces y económicas para ejecutar la “Solución Final” se abrió paso casi por necesidad. Himmler en persona ordenó esa búsqueda ya a mediados de agosto de 1941, durante una visita a Minsk en la que contempló la ejecución mediante fusilamiento de varias decenas de judíos. Fue para él una experiencia tan impresionante que casi perdió el conocimiento. Comprendió así la veracidad de algunos informes que aludían al “desgaste psicológico” que esas operaciones causaban en sus hombres, además de las dificultades para ocultar la matanza al²⁸.

²⁷ Reproducido en GOLDHAGEN, D.J.: *Los verdugos voluntarios de Hitler*, pp. 235, 461 y 553; y en REES, L.: *Auschwitz*, pp. 92, 130-131 y 191-193.

²⁸ REES, L.: *Auschwitz*, pp. 98-99. HILBERG, R.: *La destrucción de los judíos*, pp. 363-365. BURRIN, P.: *Hitler and the Jews*, pp. 105 y 112.

La primera respuesta a la demanda de búsqueda de nuevas fórmulas de exterminio procedió de la sección de las SS que había puesto en marcha el programa de eutanasia contra los inválidos y enfermos mentales en Alemania (iniciado en septiembre de 1939 e interrumpido por las protestas eclesíásticas en junio de 1941). A finales de septiembre de 1941 ya estaban preparados unos camiones tipo furgones herméticamente cerrados de unos dos metros de ancho por cinco de largo. Conformaban así una cámara cerrada con capacidad para un máximo de 40 personas y en la que entraban directamente los gases emitidos por el motor de combustión en marcha (gases de monóxido de carbono que lograban la muerte por asfixia de los atrapados en pocos minutos). Su primera prueba con éxito se hizo con prisioneros de guerra soviéticos en el campo de Sachsenhausen a principios del otoño de 1941. Desde entonces, los *Einsatzgruppen* utilizaron unos quince furgones de gasificación similares durante los tres años siguientes, complementando con este método la práctica de los fusilamientos en masa de población judía²⁹.

Pero los furgones de gas móviles no fueron la única fórmula de exterminio rápida y económica proyectada y aplicada. Muy pronto cedió su protagonismo a otra modificación del sistema de gasificación más efectiva y económica: las instalaciones permanentes con cámaras de gas. La razón del progresivo desplazamiento hacia este nuevo método operativo ha sido bien expuesta por Daniel J. Goldhagen:

*Las instalaciones de gas permanentes eran preferibles a las móviles porque tenían una mayor capacidad y permitían a los alemanes llevar a cabo las matanzas sin el inconveniente de los espectadores que inevitablemente habían contemplado las carnicerías del *Einsatzkommando* en la Unión Soviética, y podían albergar dependencias para deshacerse de los cadáveres [hornos crematorios], una tarea que había constituido un problema para las dos instituciones itinerantes de ejecución: los comandos de fusilamiento y los furgones de gas³⁰.*

Los detalles últimos para la puesta en práctica de esta nueva modalidad genocida fueron abriéndose paso a medida que la suerte de las armas empezaba

²⁹ KOGON, Eugen; LANGBEIN, Hermann y RÜCKERL, Adalbert (eds): *Nazi Mass Murder: A Documentary History of the Use of Poison Gas*, New Haven, Yale University Press, 1993, pp. 52-72. Noakes, J. y Pridahm G. (eds.): *Nazism, 1919-1945*, vol. 3, pp. 1138-1140. HILBERG, R.: *La destrucción de los judíos*, pp. 356-366. MAYER, A. J.: *Why Did the Heavens Not Darken?*, p. 386.

³⁰ GOLDHAGEN, D.J.: *Los verdugos voluntarios de Hitler*, p. 208.

a inclinarse contra Alemania. El ataque japonés a Pearl Harbour el 7 de diciembre de 1941 había provocado la entrada en el conflicto de un coloso hasta entonces dormido como eran los Estados Unidos, que empezarían a luchar al lado de Gran Bretaña en el Atlántico con renovado vigor y progresivo éxito. Por su parte, “el general invierno” había paralizado los avances en el frente oriental mientras las tropas soviéticas mostraban crecientes signos de fortaleza e incluso contraatacaban con cierto éxito en distintos puntos. La rabia y frustración en los círculos dirigentes nazis por esa desventajosa lucha en dos frentes (que alimentaba la peor pesadilla de 1914-1918) fueron seguidas de una reactivación incontrolada de la furia antisemita. Hitler en persona dio pábulo a esa explosión en la reunión celebrada en la Cancillería de Berlín con sus más próximos colaboradores el 12 de diciembre (como recogió Josef Goebbels, ministro de Propaganda, en su diario):

Con respecto a la cuestión judía, el Führer está dispuesto a resolverla de una vez. Profetizó que si traían otra guerra mundial sería su aniquilación. No era sólo una frase. La guerra mundial está ahí. La aniquilación de la judeidad ha de ser la consecuencia necesaria. Hay que enfocar este asunto sin ningún sentimentalismo³¹.

Y sin sentimentalismo trató sobre “la Solución Final del Problema Judío” la conferencia del más alto nivel celebrada en la villa de Wannsee, un idílico lago en las afueras de Berlín, el 20 de enero de 1942. Estuvo presidida por Heydrich y fue atendida por quince responsables de diversos departamentos implicados, desde los ministerios de Asuntos Exteriores, Justicia e Interior, hasta la Policía y la sección judía de la Oficina Central de Seguridad del Reich (RSHA: representada por su jefe, Adolf Eichmann, que fue el redactor del acta final). Todos los participantes sabían que el genocidio judío era una política de Estado ya en marcha. Su cometido era proceder a la coordinación de las distintas esferas de la administración para la mejor ejecución de aquella empresa de proporciones apocalípticas. Heydrich anunció que toda “Europa sería limpiada de Oeste a Este” y calculaba que un total de 11 millones de judíos (incluyendo los británicos y los turcos, fuera todavía del alcance alemán) serían objeto de la deportación forzosa hacia los campos y guetos orientales donde se emplearía a los útiles en trabajos forzados “hasta su extinción por desgaste natural” y el

³¹ KERSHAW, I.: *Hitler*, p. 482. La misma conclusión anotó Himmler en su agenda personal (descubierta en 1990): “Cuestión judía: exterminarlos como a guerrilleros”. Citada en REES, L: *Auschwitz*, p. 128.

resto “serían tratados convenientemente” (eufemismo para el exterminio inmediato por el modo que fuera). También se informó a los participantes de que ya estaban avanzados “ciertos trabajos preparatorios” para que la ejecución de la “Solución Final” pudiera llevarse a cabo “sin causar graves molestias a la población” (esto es: fuera del dominio público y sin derramamientos de sangre masivos e inquietantes para los ejecutores y espectadores)³².

Era muy cierto. Desde finales de diciembre de 1941 había empezado la experimentación del exterminio masivo por gaseamiento en el campo de Chelmno (rebautizado en alemán como Kulmhof), a unos 50 kilómetros de la ciudad polaca de Lodz (incorporada al Tercer Reich). El gas utilizado dejó de ser el monóxido de carbono en favor de una derivación mortal del insecticida “Zyklon B” (compuesto por cianuro de hidrógeno o ácido prúsico con derivados clorados y bromados: “un poderoso veneno de la sangre para todos los animales superiores”).

Aparte de Chelmno, que siguió en uso hasta principios de 1944 y donde probablemente fueron gaseadas un total de cerca de 200.000 personas (la vasta mayoría judíos, además de miles de prisioneros de guerra soviéticos y gitanos), los restantes campos de exterminio creados en el Este fueron cinco y su nombre forma ya parte del catálogo de la perversidad humana: Belzec, Sobibor, Treblinka, Madjanek y Auchwitz-Birkenau. Todos ellos, situados básicamente en lo que había sido territorio polaco hasta la guerra, estaban muy bien comunicados por vía férrea y en lugares apartados pero cercanos a las grandes ciudades donde se habían creado los guetos. Y todos ellos estaban dotados, al margen de los habituales barracones y dependencias anexas propias de todo campo, con sus correspondientes cámaras de gas ocultas como salas de ducha y sus hornos crematorios disfrazados como panaderías o semicultos³³.

³² El acta se reproduce en NOAKES, J. y PRIDAHM, G. (eds.): *Nazism, 1919-1945*, vol. 3, pp. 1127-1134; MENDES-FLOHR, P. y REINHARZ, J. (eds.): *The Jew in the Modern World*, pp. 662-665. WEBER, L. (ed.): *Crónica del Holocausto*, pp. 294-295. KERSHAW, I.: *Hitler*, pp. 484-485.

³³ GRAML, H.: *Antisemitism in the Third Reich*, pp. 201-202. LANDAU, R. S.: *The Nazi Holocaust*, pp. 177-178. NOAKES, J. y PRIDAHM, G. (eds.): *Nazism, 1919-1945*, vol. 3, pp. 1139, 1142 y 1146-1190. HILBERG, R.: *La destrucción de los judíos*, pp. 953-1015. Torán, R.: *Los campos de concentración nazis*, pp. 143-166. WEBER, L. (ed.): *Crónica del Holocausto*, p. 490. GERLACH, C.: *The Extermination of the European Jews*, p. 120.

Con la instalación y funcionamiento de los seis campos de exterminio el programa genocida nacional-socialista había dado un salto crucial: se había pasado de la artesanía del homicidio mediante fusilamientos, maltratos y hambrunas a la práctica industrial de la matanza de masas según cadenas de montaje.

4. LAS CIFRAS DE LA TRAGEDIA Y SU SIGNIFICADO HISTÓRICO

En esas condiciones de voluntad genocida, mantenida hasta el final de la guerra, no resulta sorprendente el volumen y rapidez de judíos exterminados durante el corto período de casi cinco años de gobierno nacional-socialista en casi toda Europa continental y en el contexto de una guerra total que Hitler creyó tener ganada y acabó perdiendo. Aunque sigue siendo una tarea extraordinariamente difícil establecer un cómputo definitivo sobre las pérdidas humanas del Holocausto, no cabe duda que oscilaría entre cinco y seis millones de judíos. Según los estudios fidedignos de Raul Hilberg una cifra ligeramente superior a los cinco millones parece la más verosímil.

Los muertos en campos de concentración y exterminio ascenderían a casi tres millones de víctimas. Sólo el de Auschwitz-Birkenau tuvo más de un millón y por eso mismo se ha erigido en símbolo preclaro del conjunto del Holocausto. Los muertos por fusilamiento y otras operaciones móviles alcanzarían el millón cuatrocientos mil. Y otros 600.000 judíos perdieron la vida en los guetos³⁴. De ese conjunto total mínimo de cinco millones de víctimas, aproximadamente dos millones estaban compuestos por niños menores de edad, absolutamente inocentes y en ningún caso amenaza bélica para los verdugos y sus cómplices. En conjunto, fue exterminado en torno al 65 por ciento de la población judía europea existente en vísperas de la guerra mundial³⁵.

Esa cifra enorme de entre cinco y seis millones de muertos y asesinados no se refiere a soldados o civiles afectados por un conflicto bélico particularmente cruento, como si hubieran sido víctimas voluntarias o involuntarias de

³⁴ HILBERG, R.: *La destrucción de los judíos*, p. 1367. GUTMAN, Israel (ed.): *Encyclopedia of the Holocaust*, Nueva York, Macmillan, 1990, vol. 4, p. 1799.

³⁵ Las estadísticas demográficas sobre la población judía antes de la guerra mundial en KARADY, Victor: *Los judíos en la modernidad europea. Experiencia de la violencia y la utopía*, Madrid, Siglo XXI, 2000, pp. 294-295. Los porcentajes en T. KATZ, S.: *The Holocaust in Historical Context*, p. 69. BOURKE, J.: *La Segunda Guerra Mundial*, p. 125.

unas operaciones militares que siempre han sido generadoras de sangre, dolor y sufrimiento, tanto de culpables como de inocentes. Tampoco se refiere a las aleatorias víctimas de una catástrofe natural imprevisible y arbitraria, fuera de todo control o responsabilidad humana en su desencadenamiento y curso. En absoluto. Fueron básicamente seres humanos civiles, desarmados, vulnerables e indefensos: hombres, mujeres, niños y ancianos, de todas las edades, géneros y condiciones sociales, no combatientes ni beligerantes, que resultaron designados intencionadamente como sujetos pacientes de una política oficial genocida a cargo de un Estado totalitario y racista.

Dicho en otras palabras: la ejecución de esa barbarie estuvo condicionada ideológicamente. Se produjo tal crimen masivo y consciente porque respondía a una mentalidad intencional que así lo exigía y lo justificaba moralmente. Sencillamente: los nazis y sus cómplices en Alemania y la Europa ocupada exterminaron a los judíos porque les identificaban con el mal absoluto, con una especie de veneno mortal y con una conspiración secreta para degenerar la humanidad. La prensa nazi alemana había estado reclamando su necesidad con metáforas biológicas del tenor siguiente: “No debemos tolerar las bacterias, los parásitos y la peste. La limpieza y la higiene nos obligan a hacerlos inofensivos exterminándolos”³⁶. La consecuente señalización como enemigo mortal del judío demonizado, como doctrina oficialmente alentada y sostenida, fue explícitamente consagrada en septiembre de 1937 durante el congreso del Partido Nazi en Nuremberg. Allí, Goebbels había formulado la sentencia condenatoria con su retórica encendida y visionaria:

*Europa debe ver el peligro y reconocerlo. Señalaremos sin miedo al judío como inspirador e iniciador, como el que se lucra con esas espantosas catástrofes (las guerras)... Mirad, ahí está el enemigo del mundo, el destructor de civilizaciones, el parásito entre los pueblos, el hijo del Caos, la encarnación del mal, el fermento de la descomposición, el demonio que causa la degeneración de la humanidad*³⁷.

Esas ideas racistas fueron la fuerza motriz del Holocausto: fueron ellas las que generaron verdugos fanáticos dispuestos a perpetrar el genocidio y

³⁶ Reproducido en SORLIN, Pierre: *El antisemitismo alemán*, Barcelona, Península, 1970, p. 112.

³⁷ Citado en COHN, Norman: *El mito de la conspiración judía mundial. Los protocolos de los Sabios de Sión*, Madrid, Alianza, 1983, p. 226.

testigos más o menos indiferentes inclinados a contemplarlo sin remordimiento. Pero también fueron unas condiciones socio económicas y políticas propias las que permitieron que esas ideas delirantes y criminales se volvieran operativas y factibles. Porque los mitos racistas no operaron en el vacío. De hecho, para tratar de explicar el fenómeno del Holocausto hay que atender a dos dimensiones inexcusables y concurrentes. Por un lado, el dilatado proceso de gestación y evolución de las ideas y mitos raciales a lo largo de la historia, en la medida en que constituyen el arsenal doctrinal e ideológico del racismo genocida. Por otro lado, las condiciones objetivas socio económicas y políticas que hicieron aceptables esas ideas y mitos a lo largo de la Edad Contemporánea, hasta el punto de volverlas practicables durante el Tercer Reich y la Segunda Guerra Mundial.

No es éste el lugar para acometer esa empresa explicativa que, por otra parte, cuenta con muy buenas obras en su haber, tanto clásicas como más recientes³⁸. Pero sí resulta imprescindible aquí, a modo de conclusión, recordar la secuencia histórica que llevó desde la semilla del prejuicio a la barbarie del genocidio. Y ello por una sencilla razón de profilaxis cívica y moral que Primo Levi, el escritor italiano de origen judío que sobrevivió a Auschwitz, expresó de manera inigualable:

*Si el mundo llegara a convencerse de que Auschwitz nunca ha existido, sería mucho más fácil edificar un segundo Auschwitz. Y no hay garantías de que esta vez sólo devorase a judíos*³⁹.

³⁸ WIEVIORKA, Annette: *Auschwitz explicado a mi hija*, Barcelona, DeBolsillo, 2001. S. WISTRICH, Robert: *Hitler y el Holocausto*, Barcelona, DeBolsillo, 2002. FRIEDLÄNDER, Saul: *¿Por qué el Holocausto? Historia de una psicosis colectiva*, Barcelona, Gedisa, 2004. Bronner, Stephen: *Un rumor sobre los judíos*, Pamplona, Laetoli, 2009. HUSSON, Edouard: *Comprendre Hitler et la Shoah*, París, PUF, 2010. GOTZ, Aly: *¿Por qué los alemanes? ¿Por qué los Judíos?*, Barcelona, Crítica, 2012. Hemos de añadir igualmente nuestra propia obra titulada *La semilla de la barbarie. Antisemitismo y Holocausto*, Barcelona, Península, 2009.

³⁹ Palabras de Levi recogidas en LANDAU, R. S.: *The Nazi Holocaust*, p. 10. Sobre Levi y su relación con el Holocausto véase JUDT, Tony: "The Courage of the Elementary", *The New York Review of Books*, 20 de mayo de 1999. LEVI (Turín, 1919-1987) es autor de libros testimoniales como *Si esto es un hombre* (Barcelona, El Aleph, 1987; original italiano de 1946); y *Los hundidos y los salvados* (Barcelona, El Aleph, 1988; original italiano de 1986).

La consecuente importancia cívica, para todos los europeos, del conocimiento del Holocausto, fue también subrayada por el historiador François Furet poco antes de fallecer. Sus certeras palabras merecen poner punto final a esta presentación por su agudeza y precisión:

Los crímenes del nazismo fueron tan grandes y resultaron, al final de la guerra, tan universalmente visibles que el mantenimiento pedagógico de su recuerdo desempeña un papel indiscutiblemente útil, y hasta necesario, mucho después de que hayan desaparecido las generaciones que los cometieron. Porque la opinión (pública...) tuvo conciencia de que en esos crímenes había algo de específicamente moderno, que no carecían de relación con ciertos rasgos de nuestras sociedades, y que era menester velar cuidadosamente por evitar su regreso. (...) Al historiador, y más en general al intelectual, toca convertirla en una enseñanza más informada y menos partidaria. Confieso que no es fácil, pero es necesario⁴⁰.

⁴⁰ Palabras de Furet recogidas en su epistolario con Nolte, 3 de abril y 30 de septiembre de 1996. FURET, F. y NOLTE, E.: *Fascismo y comunismo*, Madrid, Alianza, pp. 30-31 y 93-94.